

Kanina

Liza Porcelli Piusi

Ilustraciones de Lucy Makuc

loqueleo

*A mis padres, que siempre me aceptaron cada vez
que me vieron llegar con un perro bajo el brazo.
Porque permitirme que le abriera las puertas a un
perro de la calle de seguro me llevó a ser quien soy.*

Cuando en casa contaron que mi tía había dejado su trabajo porque no soportaba estar tantas horas entre cuatro paredes, yo sentí que la entendía. La imaginé trabajando adentro de un ascensor o de un garaje... Y sí, yo tampoco aguantaba estar mucho tiempo encerrado. Enseguida empezaba a ponerme nervioso y una presión que me subía por el cuerpo me hacía saltar sobre la cama (alguna vez, hasta romper una de las tablas de abajo del colchón), o me hacía patear la pelota contra la pared del living (capaz a la hora de la siesta). Después, aunque yo explicara que era porque no soportaba estar entre cuatro paredes, no me entendían. Y lo mismo le pasaba a mi tía Karina. Nadie la entendía, salvo yo.

Papá dijo que la tía era una vaga, que no le gustaba trabajar. Él le había ofrecido ser secretaria en

su estudio de abogacía, pero ella le había dicho que no, gracias.

Mamá trataba de defenderla. Dijo que la tía no podía hacer la misma vida que la mayoría de los adultos. Que ya de chica no aguantaba estar en la escuela, que les hablaba a los perros y que tendría que haber sido veterinaria, como ella quería.

8 —Y ¿qué pasó?, ¿por qué no fue veterinaria?
—pregunté yo.

—Porque la mordió un perro —dijo papá y se rio.

Pero mamá lo retó y lo hizo callar. Aunque era cierto lo que él decía, no tenía nada que ver: según mamá, después de esa mordida, la tía se había vuelto más loca por los perros todavía.

—Bueno, ¿y qué va a hacer ahora, sin trabajo?
—preguntó papá.

—Justo de eso te quería hablar... —le dijo mamá y lo abrazó por la espalda, que es lo que siempre hace cuando le quiere pedir algo—: ¿Qué te parece si le encargamos que cuide a Arturo? Ella vive cerca del colegio, lo puede buscar a la salida y...

—¿Quééé? —dijo papá—. ¿Vos estás proponiendo que la contratemos como niñera de este sátrapa? ¡Olvidate! No va a saber qué hacer con él:

a los diez minutos renuncia y nos lo devuelve con moño y todo.

—¡Ey, ey, ey! ¿Acaso no me tendrían que preguntar a mí?

—No, según la ley, no —me respondió papá—, igualmente, ¿vos querrías que Karina te cuide?

—Hijo..., la tía necesita que le demos una mano, y a papá y a mí nos vendría muy bien. Serían solo tres veces por semana, los días que no vas a fútbol, ¿qué te parece?

La verdad es que yo ni quería ni no quería que ella fuera mi niñera, pero solo para demostrarle a papá que la tía no me iba a devolver a los diez minutos, dije que sí.

Mamá enseguida la llamó y le propuso el trabajo. Karina aceptó, solo que con una condición: me cuidaría pero en su casa. ¡Ah!, ¡nooo! Cuando lo escuché, ¡hice un escándalo!: yo no era ningún ventilador para que me fueran cambiando de lugar según la conveniencia.

—Esperá, hijo, ¿vos conocés la casa de la tía? —me preguntó mamá.

—No, y debe ser horrible porque nunca nos invita.

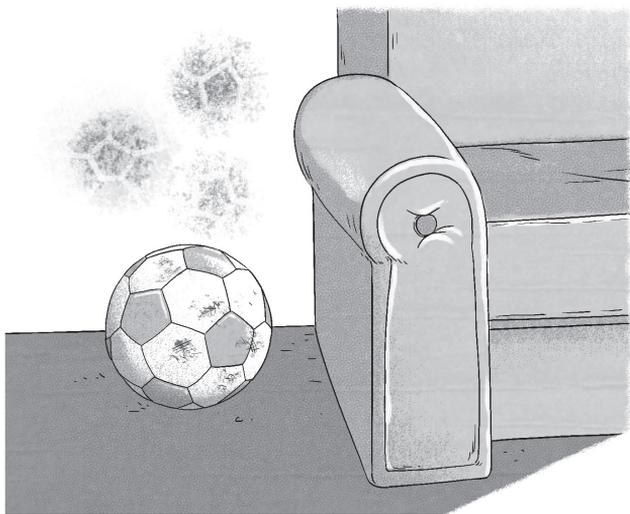
—No, no es horrible, solo es más chica que

nuestra casa y que la de los abuelos; así que siempre que se junta la familia viene la tía para acá, en vez de ir nosotros y estar apretados.

—¡Tan chica no puede ser! ¿Cómo es?, ¿como un garaje?

10 —No, tampoco tanto... —dijo mamá—. Más bien te diría que es como... no sé... ¡Sí!, ya sé, ¡como una guarida! Es eso: es la guarida de tu tía, por eso no invita a nadie, o sea que serías un privilegiado...

Privilegiado o no, mamá me convenció, aunque en ese momento yo no sabía lo que era una guarida. O mejor dicho, no tenía idea de quién podía vivir en un lugar así.



La primera tarde en que mi tía fue a buscarme al colegio ya me hizo pasar vergüenza.

11

La reconocí desde mitad de cuadra: entre todas las mujeres vestidas parecidas a mamá, Karina tenía puesto un pantalón rosa y un buzo verde con redondeles violeta. Usaba dos trenzas y un pañuelo en la cabeza. Por si eso era poco, me esperaba con un cartel que decía “SEÑOR ARTURO”, como si yo fuera un hombre importante y ella fuera un chofer de limusina que espera a la salida del aeropuerto. Además, sostenía un globo con forma de corazón que me dio antes de abrazarme. Yo, apretado entre sus brazos, solo quería soltar el globo y que se volara urgente, pero me daba pena por ella.

—¡Vámonos! —dije rápido, para que al menos no me viera el colegio entero—. ¿En qué viniste?

—En dos.

—¿En dos qué?

—En dos patas.

—No, tía, yo no camino, tomemos un taxi.

—¿Vos estás chiflado o almorzaste pintura?
—me preguntó—. Con este día hermoso, yo no me encierro en un taxi.

12 Enseguida recordé que mi tía había dejado un trabajo porque no soportaba estar encerrada entre cuatro paredes, y no quise ni imaginarme entonces lo que podía pasarle en un taxi. Así que empecé a caminar.

Caminamos como ochocientas cuabras hasta su casa; aunque ella aseguró que habían sido solo ocho pero que las había hecho en zigzag, para distraerme.

En el trayecto, me di cuenta de que algunos señores la miraban, pero ella no les prestaba atención. Caminaba con el cuello estirado hacia arriba y adelante, con la cabeza echada un poco para atrás, como levantando los agujeros de la nariz.

—Chau, precioso —dijo de repente.

—¡Tía! ¿Lo conocías?

—¿A quién?

—Al señor ese, ¡al que le dijiste “precioso”!

—Ah, ni idea, no lo vi. ¿Era lindo? Yo se lo dije al perro que iba con él, ¿no viste qué divino que era?

Así caminaba mi tía... Oliendo el camino y saludándose con cualquier perro que se le cruzara.

14 Cuando entramos a su departamento, yo no lo podía creer: era todavía más chico que un garaje. Comparado con mi casa, la casa de mi tía era una cucha. No. Miento: era una cucha pero con balcón que daba al contrafrente. Aunque igual, el balcón estaba tan lleno de plantas que, si querías asomarte, tenías espacio solo para pararte en un pie.

—¿Qué es eso? —le pregunté, señalando una escultura de colores cerca de la ventana.

—Un enano de jardín.

—Pero vos no tenés jardín...

—Ajá, ¿y en tu casa tienen reposeras de playa?

—Sí, obvio... —le dije.

—¿Y la playa adónde la tienen?

—¡Está bien...! ¿Y de dónde lo sacaste? —le pregunté.

—Lo encontré en la calle, pobre..., y me dio lástima.

Adentro, muy cerca del balcón, había una mesa que parecía hecha justamente para enanos de jardín. Era la única mesa en todo el departamento: un bloque de madera maciza, sin patas, rodeado de cuatro almohadones que eran las únicas “sillas” que había.

15

Una pared estaba llena de libros. Pero era una verdulería de libros: la biblioteca estaba hecha con cajones de fruta. Sí, los mismos que mi papá quemaba para hacer un asado, en lo de mi tía estaban pintados de colores y puestos uno encima del otro, formando una biblioteca.

Enfrente, había una hamaca de tela agarrada de un gancho a la pared. Le pregunté cómo hacía para hamacarse si atrás no había espacio. Me explicó que era para estirarse y me mostró cómo se quedaba en el aire colgada cabeza abajo sostenida por la hamaca.

Mientras ella se estiraba, yo me entretuve con el cuadro inmenso que había a un costado. Era un cuadro de la Mujer Maravilla del tamaño de una persona, pero en vez de tener la típica vincha

dorada y el pelo suelto, tenía pintadas dos trenzas.

Frente a la Mujer Maravilla y al lado de la verdulería de libros, había una pileta de lavar, dos hornallas y una heladera cortada por la mitad; todo metido adentro de una especie de armario. Esa era la cocina de mi tía.

16 En el medio del paso, estaba su escritorio: un banco de escuela antiguo, de madera, de esos que son para una sola persona y traen una mesita agarrada al costado. Eso sostenía su computadora.

—¿Y ese banco, tía?

—¿Viste qué bueno que está? —me dijo—. Lo encontré en la calle y me dio lástima. ¡No podía creer que alguien lo hubiera dejado!

Y el que lo había dejado no debía poder creer que alguien se lo hubiera llevado, pensé yo.

—Decime que tenés baño, tía...

—No, no tengo, hago pis en las macetas —me dijo ella muy tranquila.

Y juro que, por unos segundos, yo le creí.





Reiki
para
perros

Dr. Rose
Anderson

—¿Y dónde está el televisor? —le pregunté.

—En ningún lado. No hay televisor.

—¿Cómo hacés?

—¿Cómo hago qué? —me dijo sin entender.

—Nada, tía, dejá... Tengo hambre, ¿me prepararás la merienda?

18 Ella se puso a revolver la alacena de encima de la pileta y su miniheladera. Después desparramó sobre la mesa enana almendras, pasas de uva, nueces, una manzana, cereales y miel.

—¿No tenés un alfajor o unas galletitas? —le pregunté.

—No, no como harinas —me dijo—: las harinas te quitan fuerza.

Pero yo no quería ni harinas ni fuerza, yo solo quería merendar lo que merendaba la gente normal.